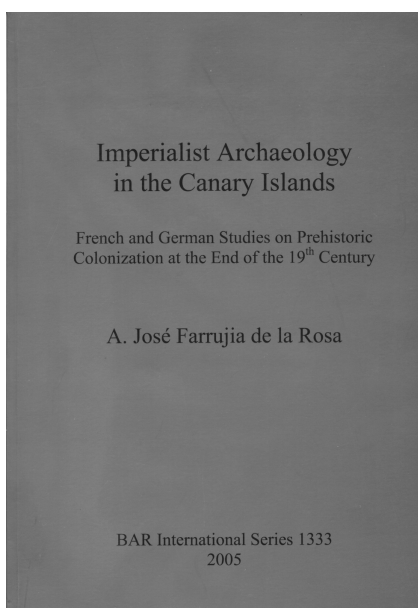


**Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ**

**Doctor en Historia. Miembro del Grupo P.A.I. HUM-440. C/ Cardenal Zapata nº 5 – 3º.  
11004 CÁDIZ. Correo electrónico: jcarlosdp2004@yahoo.es**

**FARRUJIA DE LA ROSA, A. José, 2005: *Imperialist Archaeology in the Canary Islands. French and German Studies on Prehistoric Colonization at the End of the 19th Century*. BAR International Series 1333. John and Erika Hedges Ltd. Oxford.**



Aunque pueda resultar llamativo, empezar un libro recordando que la ciencia no es (o no tiene por qué ser) objetiva ni aséptica y que su práctica no es inocente no resulta en absoluto frecuente. Precisamente por ello la arqueología como disciplina científica forma parte inseparable de una perspectiva histórica global y de un conjunto de estudios político-culturales propios de cada época que van configurando el acervo común y apostillando como verdades incuestionables e hitos metodológicos referenciales criterios que sólo son perspectivas convencionales y temporales. La Historia de la Arqueología, pues, como subraya el autor, pertenece en justicia al campo de la epistemología y es a la vez parte integrante de la historiografía, lo que implica que las supuestas verdades materiales científicamente contrastadas también pueden verse desde distintos ángulos y, en consecuencia, comprenderse de distintas maneras (Gran-Aymerich).

Este hecho implica la necesidad de establecer una relación estrecha y permanente de los estudios materiales con los contextos históricos en los que los hallazgos se producen y/o se interpretan (el *contexto del hallazgo* y el *contexto de la explicación* de Kuhn). Con tal fin esta obra nos devuelve a su dimensión historiográfica inicial uno de los temas más actuales del debate sobre los nuevos límites de la arqueología posmoderna: el del poblamiento antiguo de las Islas Canarias.

El trabajo del Profesor Farrujia distingue varias etapas en la conformación inicial de la historiografía canaria sobre los distintos modelos de poblamiento temprano de las islas. Una primera fase (XIV-1848) influenciada por la tradición clásica y visiones judeo-cristianas que amparan un orden conservador del mundo seguido por autores que, como Leonardo Torriani (1592), para los zenatas y mahos, Fray Alonso de Espinosa (1594) o Juan de Abreu Galindo (1602), para los guanches, introdujeron por primera vez el tratamiento de las fuentes orales de

los distintos grupos indígenas estableciendo su origen en la región de Libia y Túnez y, sobre todo, señalando al Próximo Oriente como la cuna de la historia mundial. De esta manera se hacía descender a la población canaria de los patriarcas bíblicos, en concreto de la estirpe de Adán hasta tal punto que se consideraba a los habitantes de la Gomera descendientes de la estirpe de Gomer, hijo de Jafet y, por ello, nieto de Noé. La homonimia, como vemos, se convertía así en una justificación del difusionismo más elemental. Con argumentos similares en la mano se explicaba la diferencia de las lenguas canarias a través de la teoría de la multiplicación de las lenguas de Babel en un intento por reencontrar sus raíces a partir nuevamente de la descendencia bíblica: lenguas semíticas (Sem), hamíticas (Ham) y jaféticas (Jafet) sirven así de referencia para la identificación del origen de la población canaria.

Paralelamente, tanto en autores de la época (Alonso Palencia, 1490; Andrés Bernáldez, 1495) como en otras obras históricas (las *Crónicas Normandas* o la *Crónica de Juan II*, 1417) se justificaba de manera nada inocente la conquista por parte de Castilla y la necesidad de conversión al catolicismo por su superioridad material, política, cultural,... sobre los indígenas, aspecto que no puede ocultar el interés de la clase nobiliaria castellana en mantener el control de las rutas del comercio de esclavos.

En un segundo momento de esta primera fase que abarca la totalidad del siglo XVII surgirían las primeras teorías explícitas de la colonización bajo la defensa de los intereses económicos y sociales consolidados de los grupos privilegiados. Es el caso de autores como Antonio de Viana (1604), Juan Núñez de la Peña (1676) o Cristóbal Pérez del Cristo (1679) que en un intento claro por consolidar la preeminencia política de las islas de Tenerife y La Palma (a las que después se añadirían también La Gomera y El Hierro), proponían para éstas orígenes míticos como Tartessos o el mismísimo Habis frente a los descendientes de los pueblos bereberes de lenguas cortadas, pobladores de las islas de Lanzarote y Fuerteventura.

La segunda fase abarca desde la Ilustración a 1848 y en ella aparecen por primera vez caracteres tan fundamentales como el etnocentrismo y el difusionismo europeos sobre las bases teóricas clásicas y judeo-cristianas citadas aunque en el caso que nos ocupa claramente determinadas por el centralismo borbónico. Por ejemplo, en esta línea, Jean Baptiste Bory de Saint-Vincent (1780-1846), además de recuperar el mito de la Atlántida en su intento de explicar el poblamiento canario, utilizaba por primera vez evidencias materiales (el estudio de las momias) para subrayar el origen egipcio de los guanches y establecer, víctima de sus prejuicios racistas, el vínculo canario con europeos, egipcios y próximo-orientales, relaciones que, a la sombra de las campañas militares francesas en Egipto y Siria, inauguraban el difusionismo moderno y anticipaban las condiciones de la arqueología imperialista, aunque aún sin argumentos historicistas.

En este sentido, mientras en un alarde ultraconservador los llamados *creacionistas* recuperaban las explicaciones de fundamento religioso, el evolucionismo biológico darwiniano

supondría un claro complemento argumentativo al denominado evolucionismo cultural de Spencer adoptando para ámbitos tan distintos criterios como la selección natural de los entes superiores, la unilinealidad evolutiva y el gradualismo, aspectos que de manera explícita o implícita se acabarían incorporando a gran parte del cuerpo científico liberal burgués, optimista en sus pretensiones explicativas globales y convencido de sus posibilidades analíticas elementales. Como consecuencia, esta nueva metodología científica, sobre todo tras los trabajos de Lubbock (*Prehistoric Times*, 1865) aplicando la estratigrafía geológica a la Prehistoria, contribuiría al desarrollo de la arqueología prehistórica concretando las primeras categorías temporales de la especialidad, tan elementales que aún las utilizamos de manera mayoritaria en nuestras investigaciones (Paleolítico, Neolítico, Bronce, Hierro,...)

Otra de las aportaciones interesantes de la obra de Farrujia es el análisis pormenorizado de la singular contribución iniciada sobre todo en el siglo XIX de la historiografía francesa al estudio de la colonización insular a través de sus vinculaciones con la raza de Cro-Magnon, con los celtas y el fenómeno del megalitismo y en un intento claro por definir las supuestas raíces comunes con otras posiciones territoriales galas en el noroccidente africano (Argelia, Túnez,...), lo que a la larga conllevaría la definición inicial del *locus* del poblamiento libio-fenicio (Faidherbe, 1818-1889) aunque a partir de condiciones ideológicas como el presentismo, el racismo, el positivismo y la política imperialista. Lo que en la práctica suponía que los fenicios y los cartagineses eran los blancos portadores del modelo civilizador asimilado pasivamente por las poblaciones indígenas canarias, pero también (y nos es un hecho baladí) que existían raíces históricas en el mundo antiguo, como demostraría el libro II de la *Política* de Aristóteles, del colonialismo moderno bajo pseudos-argumentos como la incapacidad nativa para la organización política y la navegación, lo que convertía a los colonizadores en poco más que impulsores del desarrollo común, o, más claramente, en mediadores de un modelo de *colonialismo blando*.

Similares argumentos fueron desarrollados, por un lado, por Tissot (1828-1884), desde la Geografía Comparativa e incorporando como novedad a través de la integración de Marruecos la definición de la región del Estrecho, y Berthelot (1794-1880) y Broca (1824-1880), bajo presupuestos nuevamente etnocéntricos, que junto a Quatrefages y Hamy procedieron a confirmar las similitudes existentes entre las poblaciones canarias iniciales y los ejemplares de Cro-Magnon documentados en Francia. Sobre esta unidad poblacional lejana Berthelot propuso que se habrían asentado en primer lugar colectivos celtas, como demostrarían supuestamente la existencia de megalitos, y, sobre ellas, las nuevas poblaciones libio-bereberes procedentes de la región del Atlas, portadoras de los dialectos *schilah* y *amazigh* y pertenecientes a dos grupos raciales distintos: los árabes, que poblarían Lanzarote y Fuerteventura, y los bereberes, antecedentes de los guanches, pero que acabarían poblando el resto de las islas.

Paralelamente, fruto de la inexistencia de contactos directos entre los autores canarios y los alemanes tanto como de la incuestionable barrera que suponía la lengua, se producía entre los primeros una recepción precaria de la literatura específica que a través de autores como J. J. Worsaae (1821-1885), desde la geoarqueología, o Rudolf Virchow (1821-1902), desde la antropología, proponían la recuperación de espacios nacionales históricos dotados de homogeneidad étnica, concepción que, en la línea de los trabajos de Ritter, Ratzel o, más tarde, Kossina, ya desde fundamentos arqueológicos, anticiparía las nociones ideológicas fundamentales del nazismo alemán.

A la luz de los importantes cambios sociales, ideológicos y culturales que se producen desde 1848, en la última fase de estudio, que comprende desde esta fecha a finales del XIX, sobre las ruinas de la visión cristiana medieval, ya asistimos a la introducción de la metodología positivista y del evolucionismo de Darwin frente a visiones idealistas románticas, lo que conducirá paulatinamente al nacimiento de la ciencia histórica y con ella de la prehistórica a partir básicamente de la arqueología y de la antropología física. Pero con ello también reproducirá el nacimiento de la nueva historiografía burguesa con claros intereses políticos (la economía capitalista, la explotación colonial,...), lo que a la larga supondría un desmesurado interés por integrar las culturas indígenas canarias en esquemas europeístas o africanistas sin atención alguna a las singularidades propias y únicamente en base a los modos de estudio de la antropología física, por lo que el tamaño del cráneo y las propias limitaciones de la arqueología se convertirían en elementos casi únicos para su estudio haciendo caso omiso de otros procesos más complejos como el de la aculturación.

Como consecuencia la explicación de la formación de estas culturas se desarrolla siempre por asociaciones culturales con las grandes culturas europeas. Así, mientras, como ya hemos citado, Berthelot establece vínculos entre los guanches y la raza de Cro-Magnon, Verneau (1852-1938), a partir de los megalitos canarios, lo hace con los celtas, pero que curiosamente no llegarían a las Islas desde el sur peninsular, sino desde ¡el sudoeste de Francia! (difusionismo al servicio de la política imperialista francesa); Löher (1886), desde presupuestos lingüísticos, con las oleadas vándalas procedentes de Cartago y cruzando el Atlas, quienes se acabarían imponiendo a la población bereber pre-existente (selección natural por superioridad aria); y Meyer o Luschan (1896) con indoeuropeos de raza aria, pero, en este caso, significativamente como pobladores exclusivos del mismo espacio natural, en franca oposición a las concepciones de la historiografía francesa, que abogaba por la existencia de distintas razas coexistiendo en espacios históricos comunes.

En este entramado pseudo-teórico de marcado matiz ideológico se vislumbraban ya de manera fehaciente los intereses de las grandes potencias europeas en justificar la conquista y asimilación de nuevos territorios a partir de una supuesta recuperación de las regiones naturales históricas entendidas desde manipuladas concreciones etnocentristas. De fondo, en buena

lógica, lo que se ventilaba era, al margen de las nuevas corrientes pangermanistas y sus disputas continentales, la importancia estratégica de las Canarias tras el reparto colonial de África, la consolidación británica en el eje norte-sur Egipto-Sudáfrica, el predominio francés en el norte occidental y la incorporación tardía alemana al posicionamiento de las dos potencias anteriores en las mejores plazas comerciales. Lo que en buena medida, en palabras del autor, demuestra a las claras la condición del pasado como construcción ideológica.

La recepción que se produce en territorio insular de este complejo teórico-ideológico se corresponde, pues, con similares niveles de interés e identificación. Así, mientras, curiosamente, los autores locales como Chil y Naranjo (1874) o Millares Torres (1880), en una recuperación de los postulados de la antropología francesa, apuestan por un vínculo temprano entre los guanches y la raza de Cro-Magnon, Ossuna y Van den Heede (1889) o Bethencourt (1880) establecen un vínculo con los celtas y los iberos que justifican, en paralelo, un vínculo lejano con el territorio peninsular, mientras que los creacionistas católicos preferían devolver la historia al espacio bíblico defendiendo la relación inicial con los fenicios y cananeos.

En la línea elemental de una consolidación de ambos grupos de presión, por estos mismos años se produce la fundación de las primeras instituciones insulares centradas en estos estudios: El *Gabinete Científico* (Santa Cruz de Tenerife, 1877), bajo la dirección de Juan Bethencourt Alfonso, que más tarde publicaría como órgano de difusión la *Revista de Canarias*; y el *Museo Canario* (Gran Canaria, 1879), dirigido por Gregorio Chil y Naranjo, gestora de la revista con el mismo nombre. Entre ambas, fiel reflejo de la orientación y sentido fundacional original de cada una, se produjo desde el inicio una flagrante diferenciación teórica, palpable en la progresiva definición de dos paradigmas distintos como eran el naturalista y el erudito humanista.

Si en el *Museo Canario* de Chil y Naranjo, un doctor en medicina, con estudios superiores en biología y antropología, siempre predominaron las tesis evolucionistas y poligenistas, la metodología positivista y una palpable dependencia de los círculos intelectuales franceses afines al liberalismo racionalista, por el contrario, en el *Gabinete* de Bethencourt, aunque con cierta adopción parcial de postulados darvinistas, producto de la falta de unidad teórico-metodológica, fueron determinantes los argumentos creacionistas fundamentados en las explicaciones tradicionales católicas (con el consecuente apoyo de la estructura institucional de la Iglesia), de marcado cariz monogenista, que procedían a la identificación de los orígenes de la población canaria en el Jardín del Edén y confería a las razas bíblicas la responsabilidad del poblamiento original ubicado temporalmente en la época protohistórica, negándole al mundo y a las Canarias una antigüedad prehistórica.

El resultado de estas diferencias y disputas fue un desconocimiento real de los avances de la arqueología europea y la falta de bases teóricas y metodológicas sobre las que fundamentar un estudio verdaderamente científico de los restos canarios, que no se inició en realidad hasta

finales del siglo XIX iniciándose entonces una paulatina promoción por parte de estas y otras instituciones de exploraciones arqueológicas (*sic*) en las islas, así como una serie de disposiciones sobre registro de detalles y control de los hallazgos con el propósito expreso de dar coherencia a su valor científico.

En síntesis debe considerarse una obra interesante tanto para los canarios, por su contribución al desciframiento de la controversia histórica actual sobre su identidad y sus fuentes ideológicas lejanas, como para los peninsulares, por su capacidad para dar coherencia y hacer inteligible un debate esencial que a menudo, como tantos otros temas insulares, nos coge muy de lejos. En este hecho nos parecen claves fundamentales de la obra:

- la recuperación del binomio teórico insularidad/relaciones con Europa Occidental-relaciones con el norte de África y la justificación historiográfica de sus orígenes;
- la explicación genética sobre la recepción positiva por parte de los autores canarios de la teoría de las migraciones exteriores y la naturaleza exógena de los grupos poblacionales como un intento de reestablecer el vínculo canario con las grandes civilizaciones blancas;
- la relación estrecha que establece entre el curso de la historiografía canaria y los principales acontecimientos políticos, económicos de la época del imperialismo y la expansión colonial, pero también de los grandes movimientos revolucionarios y de los procesos contrarrevolucionarios, de las Repúblicas populares y los Imperios mundiales, de la Gloriosa del 68 y la Comuna de París, del federalismo y del canovismo;
- la diferenciación esencial entre las distintas fases en la elaboración de la conciencia historiográfica canaria: la gestación del XIV al XVII de las primeras visiones influenciadas por la tradición clásica y judeo-cristiana (Torriani, Espinosa, Abreu), la aparición a lo largo del siglo XVII de las primeras teorías de las colonizaciones (Viana, Núñez de la Peña, Pérez del Cristo), el nacimiento durante la primera mitad del siglo XIX de los estudios específicos canarios bajo la orientación del etnocentrismo y el difusionismo europeos (Bory de Saint-Vincent), y la incorporación final en la segunda mitad del siglo de la metodología positivista y el evolucionismo darwiniano frente a interpretaciones de corte romántico idealista, lo que suponen los primeros desarrollos hacia una verdadera ciencia histórica y prehistórica pero con todas las incoherencias finales lógicas como historiografía burguesa vinculada a los intereses políticos y económicos de ésta (Berthelot, Verneau, Löher, Meyer, Luschan). De esta forma, mientras la arqueología liberal burguesa, en clave evolucionista, relacionaba al pueblo guanche con el hombre de Cro-Magnon (Chil y Naranjo, Millares Torres) en un esfuerzo por reintegrar el presente canario a los grandes “focos culturales” europeos, por otro lado, los grupos católicos conservadores (Ossuna y Van de Heede, Manrique) sostenían un vínculo de los primeros pobladores canarios con los pueblos bíblicos (fenicios, cananeos,...).